

Fernando Arnaiz

Cien locos conocí

*Cien locos conocí,
todos cuerdos
para no dañarse a sí.*

Refrán popular

Luisiana, 1869

1

Aquellas Navidades —pocos meses antes de la muerte de su madre— su padre, en un alarde sin precedentes, los había llevado a ver el circo. Alonso desconocía de dónde había sacado las entradas, pero estaba convencido de que su padre no se había gastado un solo centavo en ellas; que las había ganado jugando a las cartas o a los dados, o birlado a algún incauto.

Harold se movía por el recinto de la feria como si fuese el dueño del lugar, con la cabeza alta, los hombros levantados, el paso firme y la mirada desafiante, probablemente con ganas de pelea, como era habitual en él. Elena, la madre de Alonso y segunda esposa de Harold, caminaba agarrada del brazo de su marido, intentando aparentar lo orgullosa que se sentía y lo mucho que amaba a su hombre, procurando convertir en realidad su deseo de constituir una familia unida y feliz. Alonso iba justo un paso detrás de ella, deseando cogerla de la mano, pero consciente de que era una muy mala idea. Sus dos hermanastros gemelos, Louis y Alphonse —de dieciséis años e hijos de un primer matrimonio de Harold con su *desgraciadamente* extinta Mariel—, caminaban pegados el uno al otro un metro detrás de él: la distancia máxima permitida por el cabeza de familia para aquel tipo de ocasiones.

A sus diez años, era la primera vez que Alonso iba al circo. Todo le resultaba nuevo, diferente a cuanto había visto hasta entonces: los colores brillantes y chillones, la cacofonía olfativa resultante de la mezcla de los aromas de los tostados rollos de *boudin*, el caimán a la parrilla, la paja mojada, el estiércol, los efluvios animales, las fuertes colonias

de las mujeres y niños y el sudor de muchos de los hombres, la música, dinámica y bailarina, cargada de los golpes del bombo y los sonidos metálicos de las trompas y trompetas. Resultaba embriagador. Alonso recorría con la vista todo cuanto lo rodeaba, volviendo la cabeza a uno y otro lado, atónito ante tanta novedad. Con su aspecto rechoncho, sus pantalones cortos, sus tirantes, su camisa blanca almidonada y su carita regordeta enmarcada por un pelo corto y fino de color castaño claro, era la definición perfecta de la sorpresa y la inocencia.

Entraron en la carpa y se dirigieron a sus asientos, en una de las últimas filas. Se sentaron siguiendo el mismo orden de la marcha: el padre, la madre, Alonso, y, en la esquina que daba al pasillo, los gemelos, tal y como hacían los domingos cuando acudían a la iglesia de la Inmaculada Concepción. Las gradas estaban repletas y no quedaba un solo hueco libre. El público estaba eufórico por la visita del circo; tanto pequeños como mayores se mostraban sonrientes y expectantes, entusiasmados de poder disfrutar de un día especial, alejados por unas horas de la rutina diaria.

Pronto comenzaron las actuaciones, y todos dieron rienda suelta al entusiasmo acumulado, aplaudiendo, silbando, vitoreando, riendo y comentando las asombrosas peripecias a que se sometían los artistas. Las habilidades de los jinetes y las amazonas realizando acrobacias a lomos de sus caballos consiguieron lanzar gritos de júbilo entre los espectadores; la aparición de los leones y los tigres —era la primera vez que Alonso veía animales salvajes— y, sobre todo, la entrada del domador en la jaula, hicieron temblar de un pavor entusiasta al público, especialmente al femenino; la inmensidad de Hanna, la elefanta africana, y la simpatía de su pequeño retoño de tres meses hicieron las delicias de todos; los gimnastas y los trapecistas los embelataron con sus acrobacias imposibles; los perros matemáticos los sorprendieron con sus habilidades casi humanas; y

los monos sabios apabullaron a pequeños y adultos con sus barrabasadas.

Alonso se sentía más feliz de lo que podía recordar. Y no solo por él, sino también por su madre: hacía mucho tiempo que no la veía tan contenta, tan sonriente, con los ojos brillantes, llenos de vida y de satisfacción. En un par de ocasiones, Alonso había dirigido la mirada, de reojo, a su padre. Pese a que mantenía su característica expresión adusta, agravada por sus espesas cejas, las omnipresentes arrugas de la frente, el ceño siempre fruncido y las pobladas patillas que encajonaban sus labios, el ojo experto de Alonso percibió una pequeñísima relajación en su rostro, algo casi imperceptible; lo que, acompañado del hecho de que Harold había dejado de vigilar estrechamente el comportamiento de su familia, indicaba, sin ningún género de duda, que estaba disfrutando de la función.

Sus hermanastros —la otra cara de las desgracias de Alonso— no le quitaban el ojo de encima a todas y cada una de las mujeres que iban haciendo su aparición por la pista. No paraban de murmurarse obscenidades al oído, asegurándose de que su padre no las oyese, pero de que sí lo hiciese el bastardillo de su pequeño hermano — así lo llamaban cuando nadie más podía oírlos—, con el único objetivo de hacerle sentir incómodo. Alonso hizo oídos sordos a las barbaridades que salían de aquellas bocas infectas y procuró concentrarse en el espectáculo, lo que consiguió a duras penas, debido a los escabullidos codazos que Alphonse, situado a su lado, le propinaba de vez en cuando.

De todas las maravillas sin fin que presenciaron durante aquella inolvidable tarde, lo que sin lugar a dudas dejó una marca indeleble en el espíritu del tímido Alonso fue el espectáculo del mentalista. Los operarios habían limpiado el círculo central de la paja esparcida para los espectáculos de los animales. Una tenue calima de polvo flotaba en el ambiente, provocando algunas toses y el frotar de ojos entre

los espectadores. Los focos de gas, así como el calor animal y humano, habían elevado la temperatura en el interior de la carpa, haciendo que los más calurosos empezasen a desprenderse de sus chaquetas. Las luces se atenuaron, restringidas a un pequeño círculo de luz en medio del escenario. El jefe de pista, vestido con una vistosa chaquetilla verde, bombachos de color marfil, botas altas y bombín negro, salió al centro de la carpa y anunció el número final de la función.

— Señoras y señores, niños y niñas —gritó, con un cornetín sobre la boca que amplificaba y agravaba su tono de voz—, con todos ustedes, el más portentoso de los mentalistas. Abandonado de niño en las remotas regiones del Tíbet, fue criado por una loba, adquiriendo así la capacidad de comunicarse mentalmente con los animales. Recién llegado del lejano Oriente —gritó—, ¡el más grande, el inigualable, el Gran Chánkú Bu!

Sonó un impresionante gong y, tras él, la banda de música comenzó a interpretar una pieza lenta e intrigante, con claras reminiscencias chinas. Las cortinas del fondo del escenario se abrieron y dieron paso a un pequeño hombre de aspecto oriental, engalanado con un *hanfu* de seda roja y negra en el que destacaba la impresionante figura de un dragón dorado, cruzando el frontal desde los hombros hasta los pies.

Alonso no recordaría bien después cuales habían sido los números de magia con que había comenzado su espectáculo. Y no porque no le hubieran dejado con la boca abierta, sino por el hecho de que el número con que se cerró la representación había sido tan apabullante, tan brillante, que había oscurecido el resto del espectáculo.

Chánkú Bu se había subido a una plataforma de un metro de altura colocada en la parte frontal del escenario. Hizo un gesto a su asistente, una bellísima joven oriental de edad indeterminada, que acababa de aparecer por el fondo de la

pista. Vestida con un *qipao* de seda azul adornado con motivos florales y pavos reales de hilo dorado, se aproximó al mago pasito a pasito y, una vez a su lado, le vendó los ojos con un pañuelo negro. La muchacha se acercó entonces a los espectadores situados en la primera fila. El mentalista se giró hasta situarse de espaldas al público y realizó un gesto con la mano.

— ¡Señoras y señores! ¡Niños y niñas! —gritó el jefe de pista—. La señorita Wu Fen tiene en sus manos una bolsa de lino. Está totalmente vacía, como pueden ustedes comprobar...

La asistente del mago mostró el interior de una bolsa negra a los espectadores, la puso bocabajo para demostrar que no tenía nada dentro y, a continuación, se la entregó a un individuo sentado a su lado.

— ¡Caballero! —dijo el maestro de ceremonias—. Compruebe, por favor, que esté totalmente vacía y que no tiene ningún compartimento secreto. —Esperó a que el hombre hiciera sus comprobaciones antes de proseguir—. ¿Hay algo dentro? ¿No? Perfecto. ¿Algún bolsillo oculto? ¿No? Muy bien, muchas gracias. ¿Puede entregarle la bolsa a otra persona para que la examine? Estupendo.

Una vez la segunda persona, una joven pelirroja cargada de pecas, hubo terminado de inspeccionar la bolsa, el jefe pudo continuar.

— La señorita Wu Fen irá recorriendo ahora el graderío para recoger algunos objetos personales. Agradecería que, quienes así lo deseen, depositen en el interior cualquier objeto del que dispongan. Les será entregado al finalizar el espectáculo. Como pueden apreciar, el Gran Chánkú Bu está de espaldas a la grada y con los ojos tapados por una venda, para evitar así ver lo que ustedes, tan amablemente, entreguen a la señorita Wu. Quienes quieran cooperar, alcen las manos, por favor.

Los espectadores fueron levantando tímidamente sus brazos y la asistente del mago recogió diversos objetos de unos y otros, hasta que consideró que disponía de suficiente material. Sosteniendo en todo momento la bolsa con el brazo en alto, bajó en dirección a la pista. Al fondo de esta se había dispuesto una mesa blanca y, detrás de ella, una gran pizarra. La joven depositó suavemente la bolsa encima de la mesa, fuertemente iluminada por un foco, y se separó unos pasos.

El mago se dio entonces la vuelta, con los ojos aún vendados, y mostró una pequeña pelota. Echó el brazo hacia atrás y, tras una pausa de un par de segundos, la lanzó en dirección al graderío. La bola fue a parar a las manos de una joven sentada en la quinta fila.

— Señorita, el Gran Chánkú Bu le agradecería que lanzase usted la pelota hacia atrás, sin mirar —dijo el jefe de pista.

La chica hizo lo que le pedían. El esférico se elevó en el aire, cayó sobre la cabeza de un anciano que, pese al ruido, se había quedado dormido, y, tras rebotar en la misma y despertarlo de sus dulces sueños —lo que produjo una incontenible explosión de risas entre los espectadores—, saltó un par de metros hacia delante, para caer en las rodillas de una señora de mediana edad. El juego se repitió un par de veces más antes de terminar en las manos de un caballero de pelo largo y canoso con una enorme perilla, que lanzó la bola describiendo un gran arco. Alonso vio cómo se elevaba más y más alto y cómo comenzaba a caer. Instintivamente, se puso en pie encima de su asiento, izó la mano y la cerró sobre la superficie de cuero de la pelota. La gente empezó a aplaudir y silbar. Alonso miraba en todas direcciones con una sonrisa de oreja a oreja.

— Eso sí que ha sido una buena jugada —gritó el jefe de pista a través de su cornetín—. ¡Este muchacho promete ser un magnífico *catcher*! ¿Cómo te llamas, chico?

Alonso se quedó mudo un instante, el rubor marcado en sus mejillas, incómodo por el protagonismo.

— Alonso —consiguió barruntar después de que Louis, su hermano mayor, le pegara un pellizco en el culo y el público estallara en carcajadas.

— Perfecto. Alonso, ¿te importaría bajar a ayudarnos? Necesito que seas nuestro testigo.

Alonso bajó los escalones de la grada bañado por un foco de luz amarillenta que seguía sus pasos. Levantando una pierna primero y la otra después, sorteó el borde de la pista y, sin dejar de mirar de reojo al mago, se acercó hasta el lugar donde se encontraban el maestro de ceremonias y la bella asistente.

— La señorita Wu —dijo el jefe, señalándola mientras ella se acercaba de nuevo a la mesa— abrirá ahora la bolsa y comenzará a extraer los objetos que hay dentro. Como han podido comprobar, ha estado a la vista de todos ustedes durante este tiempo, y nadie se ha acercado a ella, ¿no es así, Alonso?

El muchacho asintió levemente con la cabeza mientras admiraba de cerca la perfecta belleza de la asistente del mago. Tenía los ojos oscuros enmarcados, la piel blanquecina e inmaculada, los labios perfectamente delineados con carmín y el pelo recogido en un complejo juego de moños, negro y brillante como el azabache.

— La señorita Wu irá ahora depositando encima de la mesa algunos de los objetos situados en su interior. Pero antes de eso, me gustaría que nuestro joven ayudante usara este pañuelo —dijo sacando del bolsillo del pantalón un trozo de tela de color granate y entregándoselo a Alonso— para vendar a la señorita Wu.

La asistente del mago se colocó delante del chico y se agachó para que este pudiera ponerle la venda alrededor de los ojos. El muchacho paseó la vista por las gradas hasta que encontró la mirada de su madre; ella le sonrió e hizo un

gesto afirmativo con la cabeza. Alonso le devolvió la sonrisa y, ya reconfortado, se aproximó para vendar los ojos de la joven. Su pelo olía a lavanda.

— Antes de que la encantadora señorita Wu comience a extraer los objetos de la bolsa, agradecería al respetable público que, a partir de este momento, mantenga un silencio absoluto. Por favor, les pido encarecidamente que no comenten, ni siquiera en voz baja, el nombre de los objetos que vayan apareciendo, no vaya a ser que llegue a los oídos del Maestro.

Los murmullos fueron disminuyendo en intensidad y, a una señal del jefe de pista, Wu Fen abrió el lazo que cerraba la bolsa e introdujo la mano en el interior. Casi de inmediato sacó a la luz un reloj de bolsillo plateado. Mantuvo el brazo en alto para que el público pudiera verlo y lo depositó encima de la mesa, mientras se llevaba el dedo índice a los labios pidiendo silencio al respetable. Metió una vez más la mano y extrajo un pañuelo de seda de color azul cielo. Por último, dejó a la vista una caja de cerillas hecha de níquel.

— Perfecto, tenemos suficiente —dijo el jefe de pista—. Alonso, coge, por favor, uno de estos objetos, el que prefieras.

El muchacho escogió la caja de cerillas y, por reflejo, pasó la yema del dedo índice por su base, notando la superficie metálica rugosa usada para prenderlas.

— ¿Puedes enseñársela al público? Muy bien, eso es —continuó el jefe de pista después de que el chico hubiese levantado la mano—. Por si alguien de entre el respetable no acierta a ver de qué se trata, quiero que cojas esta tiza y escribas el nombre del objeto en la pizarra, en letras muy grandes, que se pueda leer bien desde la última fila.

Alonso se acercó a la pizarra y escribió: “CAJA DE CERILLAS”.

— ¿Ya? —se oyó decir al mago en cuanto cesó el chirrido de la tiza.

— Sí —respondió el maestro de ceremonias.

— Estimado público. Necesito *ahola* de su ayuda. *Concéntense* en el objeto cuyo *nombre* se ha *esclito* en la *pizala* y manténganse en silencio, *pol favol*.

Se hizo un silencio absoluto en la sala, roto de inmediato por el sordo y bajo retumbar del gong, cuyo sonido fue repitiéndose intermitentemente con una lenta cadencia. El mago levantó las manos en dirección al graderío y comenzó a mover los dedos, como si tocara una pieza de piano, intentando capturar con ellos los pensamientos del público. Alzó ligeramente la cabeza y la movió de un lado al otro, como si quisiera captar la levedad de un aroma.

— ¡Humo! Percibo un olor a humo. Es algo... ¡relacionado con el fuego!

Se elevó un murmullo aprobatorio entre los asistentes.

— ¡No! —gritó el mago levantando la mano, pidiendo silencio—. Veo una llama pequeña... una *madela clala*... *alalgada*, con... la punta *ledonda*. *Ledonda* y *oscula*... está *aldiendo*... ¡Una *celilla*! ¡Sí, es una *celilla*! ¡No, no, un momento! ¡Son muchas *celillas*! Sí, muchas *celillas*. *Pelo*... hay algo más, veo una caja, una caja... *blillante*, sí, es... ¡Una caja de *celillas*! —gritó.

El graderío se llenó de aplausos, silbidos y gritos de bravo. Alonso se había quedado con la boca abierta, mirando a la caja de cerillas y al mago, asombrado por los poderes de aquel hombre misterioso. «“¿Cómo lo había hecho?”».

Tras el estruendo inicial, el ruido se fue apaciguando, permitiendo la intervención del maestro de ceremonias.

— ¡Increíble, señoras y señores! ¡Un espectáculo sin igual! ¡El Gran Chánkú Bu!

Sonó una fanfarria de instrumentos de viento y volvieron los aplausos durante unos instantes, antes de que el jefe de pista retomara su perorata.

— Pasemos al siguiente objeto.

Alonso escogió el pequeño pañuelo azul bordado. Mientras lo levantaba a la vista del público, surgió de la negrura del fondo de la pista la figura de un impresionante lobo. Se levantó un clamor entre las gradas y se dejaron oír gritos de auténtico pavor. Alonso se quedó paralizado viendo al animal acercarse lentamente hacia él. Cerró los ojos, aterrado. Su madre, Elena, se puso en pie y gritó su nombre. Alonso se encogió sobre sí mismo. El jefe de pista se apresuró a apoyar una de sus manos en su hombro para tranquilizarlo y se llevó el cornetín a la boca. El chico volvió a abrir los ojos.

— ¡Damas y caballeros! ¡Les ruego se tranquilicen! ¡No existe peligro alguno! Se trata de un lobo tibetano totalmente domesticado. ¡Por favor, no se alarmen! ¡Pueden volver a sus asientos! ¡Les aseguro que es completamente inofensivo!

El animal se paró a menos de un metro de distancia de Alonso y, con total tranquilidad, se sentó sobre sus cuartos traseros. La ola de voces se calmó y las personas de las primeras filas, que se habían puesto en pie y comenzado a abandonar sus asientos, se dieron la vuelta con paso inseguro. El lobo se quedó mirando al muchacho fijamente. Su rostro no reflejaba ningún tipo de agresividad, antes al contrario, parecía mirar a Alonso serenamente, con curiosidad. Tenía unos increíbles ojos azules que mantuvieron al chico paralizado durante unos instantes. El animal bostezó, sacando su rosada lengua y mostrando una poderosa fila de dientes. Al cerrar la boca, abrió mucho los ojos y mostró lo que el muchacho interpretó como una amable sonrisa. El lobo arqueó las cejas y levantó una de las patas mientras gemía tímidamente, pidiendo su amistad. Alonso se relajó y le sonrió a su vez. Volvió la mirada al jefe de pista que, agachado, lo agarraba por los hombros.

— Tranquilo, Dkarpo no te hará nada —le susurró—. Es como un perrito faldero. —Se enderezó y se dirigió a los

espectadores—. Como les expliqué al principio, el Gran Chánkú Bu fue abandonado en la montaña, cerca de una aldea tibetana, cuando acababa de cumplir un año de vida. Los lobos lo encontraron y se lo llevaron con ellos. Vivió como un miembro más de la manada durante los siguientes nueve años, hasta que fue rescatado de aquella existencia antinatural por un benévolo pastor. El chico no sabía hablar; ladraba, gemía, gruñía de cuando en cuando y aullaba si detectaba algún peligro, o por las mañanas al iniciar la marcha. Y, a pesar de desconocer el lenguaje humano, de alguna manera, parecía intuir lo que el hombre quería de él. Aquella capacidad del muchacho se hizo tan famosa en el lugar que, años después, llamaría la atención de un grupo de científicos alemanes destacados en la zona. Para entonces Chánkú Bu contaba ya dieciséis años. Los alemanes se pusieron en contacto con el pastor y le pidieron autorización para investigar el fenómeno. Aquel fue el comienzo de una nueva vida para él. Como pudieron comprobar los científicos, Chánkú Bu era capaz de comunicarse con los lobos a través del pensamiento. Y se preguntarán ustedes ¿Cómo puede ocurrir tal cosa? Nada más sencillo de explicar. Se ha demostrado científicamente que, a falta de un lenguaje vocalizado, estos animales pueden comunicarse enviando y recibiendo imágenes mentales, lo que les proporciona una limitada forma de comunicación. Es esta capacidad la que les permite vivir en sociedad y cazar en grupo, algo que hasta entonces no tenía una explicación científica. Los seres humanos no disponemos ya de esta forma de lenguaje mental; la hemos perdido, sustituida por una manera de comunicación muchísimo más poderosa: la comunicación verbal. Sin embargo, disfrutamos aún, inconscientemente, de un pequeñísimo remanente de dicho don. El Gran Chánkú Bu es el único ser humano que posee este sexto sentido totalmente desarrollado. Gracias a ello, es capaz de leer no solo los pensamientos de sus amigos, los lobos, sino también los

nuestros, cuando estos se convierten en imágenes mentales, una circunstancia con la que todos estamos familiarizados. Pero dejémonos de palabras. Es la hora de los hechos. —El jefe de pista se volvió hacia el muchacho—. ¡Alonso! ¡Enseñale el segundo objeto a Dkarpo, el lobo del Gran Chánkú Bu!

Alonso extendió la mano y dejó colgando el pañuelo a escasos centímetros del hocico del animal. El lobo se quedó mirando el pedazo de tela azul como si estuviera hipnotizado.

— ¡*Dkalpo!* ¡Ven! —dijo el mago desde su estrado, con voz autoritaria.

El cánido volvió la cabeza al escuchar la voz, se levantó y echó a andar. Se situó a su lado y se sentó, con las patas delanteras pegando con una de las sandalias de seda roja del mentalista y la mirada levantada. El lobo se quedó totalmente inmóvil, con los ojos clavados en su amo.

— ¡Es una tela! —dijo casi de inmediato el mago—. ¡No, un pañuelo! Eso es... Un pañuelo *boldado*. ¡De *colol* celeste!

El público estalló en aplausos y gritos de júbilo. Alonso no podía dar crédito a lo que estaba viendo.

Solo quedaba un objeto por adivinar, el reloj de bolsillo. El maestro de ceremonias le pidió que lo mostrara al auditorio y que escribiera de qué se trataba en el pizarrón.

— En esta ocasión he de pedirles que intenten pensar en algo totalmente diferente durante los próximos minutos. Me gustaría que todos y cada uno de ustedes pensasen en lo que cenaron anoche. Procuren concentrarse en eso exclusivamente. Tú, en cambio —dijo volviéndose hacia el muchacho—, quiero que te concentres en la imagen de este objeto. No pienses en la cena de ayer, solo en lo que tienes en la mano. Pero antes, piensa si conoces a alguien que tenga algo parecido.

Alonso asintió con la cabeza. Jack Orwell, el dueño de la funeraria, tenía un reloj similar a aquel, de plata y oro, siempre perfectamente bruñido.

— Muy bien, no digas aún como se llama esa persona. Quiero que escribas aquí su nombre de pila —dijo sacando una gran sábana de papel de metro y medio de longitud y extendiéndola sobre la mesa—. En letras grandes —continuó, a la vez que le tendía un lápiz de carpintero—. Que se vea bien. Pero no se lo enseñes a nadie.

Alonso escribió el nombre del sepulturero y asintió de nuevo con la cabeza, dando a entender que había terminado.

— ¿Ya está? ¡Perfecto! Ahora quiero que dobles el papel hasta que tenga el tamaño de la palma de tu mano y lo introduzcas aquí dentro. —Señaló una urna de cristal que uno de los ayudantes de pista acababa de depositar encima de la mesa.

Alonso dobló el cartel y lo introdujo en la urna, que fue cerrada con una tapa de madera.

— *Ahola*, coge ese objeto y *concéntlate* en él —dijo entonces el mentalista—. *Ciela* los ojos y piensa en él.

Hizo lo que le decían. La carpa desapareció y con ella lo hicieron los murmullos y las toses. «“El reloj...”», pensó. “El reloj...”».

— *Ahola*, sin *ablil-los*, imagínate que los tienes *abiel-tos* y lo estás *milando*. Así *tendlás* una *clala* imagen mental. ¿Lo ves?

El chico asintió con la cabeza y un gesto de recogimiento reflejado en el rostro.

— ¡Lo ve! —gritó el jefe de pista.

— Muy bien, Alonso. Y *ahola*, sin *dejal* de *pensal* en el objeto, imagínate el *nomble* de la *pelsona* que has *esclito* en el papel. Piensa en él. ¡Dibújalo en el *aile*, *dentlo* de tu cabeza! El objeto y el *nomble* de la *pelsona*. —El mago hizo una pausa—. El objeto y el *nomble*... El objeto y el *nomble*... El *lesto* del público, *pol favol*, piensen en la cena de anoche,

como les ha indicado el *dilectol*, *pelo* mantengan los ojos *abieltos*. ¡*Concéntlate*, chico!

Se oyó un suave redoble de tambor. Alonso estaba profundamente concentrado. Con los ojos cerrados le resultaba mucho más sencillo. Podía notar el reloj en su mano y verlo claramente en su mente. Una esfera perfecta de plata con el borde exterior chapado en oro; la tapa, que protegía el cristal y las manecillas, era también de plata y estaba grabada con el dibujo de un cazador a caballo persiguiendo a un jabalí junto a su perro. «“Jack Orwell...”, pensó. “El reloj de plata. Jack. El reloj de bolsillo. Jack. El reloj plateado. Jack”». Intentó enviar la imagen a través del espacio, hasta el lugar donde se encontraba el Gran Chánkú Bu.

Este se había llevado las manos a la cabeza, con los dedos extendidos. Las separaba y las acercaba de nuevo, como intentando captar con ellas los supuestos efluvios mentales del chico.

— ¡Una *esfela* plateada! —dijo al poco—. ¡*Númelos*! La imagen se difumina, se va... Hay, hay un sonido: tac, tac, tac, tac, tac, tac... Ya vuelve, la imagen, vuelve, la veo, lo veo, *perfectamente*. ¡Un *leloj* de bolsillo!

Nuevamente el aire se llenó del ruido de las trompetas y los trombones, y de los vítores, aplausos, silbidos y gritos de admiración de los espectadores. El mentalista levantó las manos y el jefe de pista pidió silencio.

— ¡Veo algo más! *Pelo* no lo entiendo. Un *hombre* con un fusil y... ¿un gato?

— ¡Increíble! —gritó el maestro de ceremonias— ¡Espectacular! ¡Lo nunca visto, señoras y señores! —dijo al tiempo que cogía el reloj de las manos de Alonso y lo mostraba en alto—. El Gran Chánkú Bu ha conseguido ver el grabado en la tapa del reloj: un cazador cabalgando al lado de su fiel perro mientras persiguen un jabalí. Las imágenes no son siempre exactas, de ahí que lo haya confundido con un gato — apostilló, echándose a reír.

Los espectadores se habían puesto en pie y aplaudían enfervorecidos. El director dejó que se explayasen a gusto mientras el mentalista juntaba las manos y hacía reverencias a su entregado público.

— ¡El nombre! —se oyó gritar a alguien entre los asistentes—. ¡No ha dicho el nombre!

El mago se quitó la venda que hasta entonces le había cubierto los ojos.

— ¡Jack! —gritó—. ¡El *nombre* es Jack!

Alonso se quedó estupefacto. No solo había conseguido leer en su pensamiento la imagen del reloj de plata o incluso una parte del dibujo grabado en la tapa. ¡También había leído en su mente el nombre del dueño de la funeraria!

El maestro de ceremonias destapó la urna de cristal, sacó el papel y lo desenvolvió. Abrió los ojos simulando sorpresa y le dio la vuelta para que todos los espectadores pudiesen contemplar el nombre escrito en él. La gente empezó a gritar, a silbar y a aplaudir mientras la orquesta entonaba una marcha gloriosa en señal de reconocimiento. Alonso se quedó embobado mirando al mentalista. Este bajó de su estrado y recorrió el círculo de arena de la pista con la mano derecha en alto, agradeciendo al público su entrega para, finalmente, hacer una profunda reverencia junto a la señorita Wu y desaparecer juntos tras el telón de fondo.

El domingo siguiente, mientras sus padres descansaban la comida, Alonso recorrió al trote los ocho kilómetros que separaban su granja de Opelousas, acompañado por su fiel Jack, un pointer de siete años negro como el carbón.

Se dirigió hacia la explanada en la que se encontraba instalado el circo. Era pronto todavía. Las atracciones y los puestos de comida no habían abierto aún. No había nadie a la vista. Dio la vuelta a la carpa hasta que encontró los carrromatos de los feriantes. Delante de uno de ellos, una joven de pelo negro azabache se columpiaba lentamente en una mecedora, con la cabeza echada hacia un lado y los ojos cerrados. La pared del carrromato estaba decorada con el dibujo de una hermosa amazona. Su rostro presentaba un notable parecido con el de la joven. La pintura la mostraba cabalgando de pie a lomos de un caballo blanco, con los brazos abiertos en cruz. Alonso se acercó despacio, temiendo que el ruido de sus pasos pudiera despertarla. Cuando se encontraba a apenas un metro de distancia, tropezó con un trozo de cadena oxidada; los eslabones chocaron entre sí produciendo un sonido metálico apagado. La joven levantó la cabeza y abrió los ojos. Se quedó mirando extrañada al chico y al perro: un muchacho de aspecto ligeramente rechoncho, limpio aunque algo sudoroso, con el pelo castaño rizado dominado por la gomina (aquella mañana habían ido a la iglesia), y cuyo atuendo —consistente en una camisa descolorida, un pantalón corto de peto cubierto de remiendos, unos calcetines con algún que otro agujero y unos zapatos ajados con las suelas medio desco- sidas— deslucía el, por lo demás, saludable aspecto del

chaval. El perro, que no parecía recibir *tantas* atenciones, estaba sentado y se rascaba enérgicamente detrás de la oreja con una de las patas traseras.

— Y tú, ¿quién eres? Si se puede saber... —dijo la joven con una cauta sonrisa.

— Eh... Alonso, me llamo Alonso.

— ¿Así que Alonso? Vaya... Eso está muy bien, pero ¿qué estás haciendo aquí, Alonso? Aún faltan un par de horas para que abramos...

— Ah, no lo sabía. Yo... estaba buscando...

— ¿A quién, cariño? La señorita Glenson te ayudará.

— No conozco a esa señorita.

La joven se echó a reír.

— Cariño, *yo* soy la señorita Glenson. —Se levantó y se agachó para estrecharle la mano—. A ver, dime a quién buscas y te llevaré a verle.

— Esto... Yo... buscaba al Gran Chánkú Bu.

— Vaya, eso sí que es nuevo —respondió la joven con tono despectivo—. La mayoría de los chicos de tu edad a quien vienen buscando es a la zorrilla de Wu.

— No, yo busco al Gran Chánkú Bu... y a su lobo. ¡No sabía que tenía también una zorra!

— Muchacho —dijo la amazona riéndose—, eres un sol. Ven, sígueme, te llevaré hasta el carronato del ¡gran hijo de los lobos!

La chica echó a andar, seguida del chico y el perro.

— ¿A usted...? ¿A usted le lee el pensamiento? —preguntó Alonso a los pocos pasos.

— ¿A mí? —respondió la mujer, volviendo la cabeza sin dejar de caminar.

— Bueno, a usted y al resto de los artistas. Debe ser difícil vivir con alguien así, porque siempre sabe en lo que estás pensando, y claro, si lo que estás pensando pues no es algo bonito, no sé, si estás pensando por ejemplo en que tus hermanos son unos desgraciados que te hacen la vida

imposible, y que ojalá se los llevara el demonio, o les cayese una viga encima al pasar por debajo de una obra en el pueblo, o se cayesen al fondo del pozo cuando fuesen a sacar agua, o... o delante del arado, y al pasarles por encima les rompiese la crisma o... bueno, cualquiera de esas cosas, pues, no sé, supongo que sería algo incómodo, ¿no?

La amazona se había parado y dado la vuelta observando, incrédula, la perorata del muchachito.

— Pues... supongo...

— Claro que al Gran Chánkú Bu le debe ser muy útil poder leer el pensamiento, porque así, cuando sus hermanos o quien sea, quieran hacerle daño, lo sabrá con antelación, y podrá prepararles una emboscada o lo que sea...

— Sí, por supuesto. Pero él solo lo hace si es estrictamente necesario, ¿sabes? Además, para que el resto de nosotros, aquí en el circo, no nos sentamos incómodos, nos ha enseñado a... bueno, a cerrar nuestras mentes.

— ¡Ah! —respondió Alonso con el gesto ligeramente contrariado.

— Ven, vamos, te lo presentaré.

El muchacho siguió los pasos de la joven a lo largo de la fila de carromatos hasta llegar al mayor de todos ellos, un enorme vagón pintado con dragones de color rojo sobre fondo negro y con unas grandes letras que proclamaban el nombre del mago.

— Espera aquí un minuto. Puede que esté durmiendo.

La señorita Glenson subió las escaleras de la parte trasera y llamó a la puerta.

— ¡Soy Linda! ¡Abre! ¡Tienes visita!

Se oyeron unos pasos arrastrados y se abrió la puerta.

— ¿Visita? —preguntó un hombre con más aspecto de mestizo que de chino.

— Chist... Es un muchacho —dijo bajando la voz—. Quiere hablar con ¡el Gran Chánkú Bu! Para aprender a leer el pensamiento —dijo divertida.

— ¿Bromeas?

— ¡Venga, hazlo por mí! —dijo la chica poniendo morritos—. Tú le sueltas tus historietas y a ver con qué te salta. Me da el pálpito que ese chaval tiene una imaginación portentosa. Yo os dejo solos y luego me lo cuentas a mí con un buen trago delante; verás cómo nos reímos.

El hombre esbozó una sonrisa picarona, pensando en la posibilidad de conseguir algo más que un rato de risas, y asintió con la cabeza.

— Un ratito nada más. ¡Tengo que descansar antes de la función!

— Eres un sol, Charlie. —Le lanzó un beso—. Ahora te lo traigo.

Ya se había dado la vuelta para bajar los escalones cuando se volvió de nuevo hacia la puerta.

— Pero primero píntate la raya de los ojos, que así no pareces ni chino ni nada que se le parezca. ¡Ah! Y no te olvides de *poner* ese acento tan *diveltido*...

Unos minutos después Alonso se encontraba sentado en un taburete dentro del carromato, moviendo la cabeza de un lado a otro, inspeccionando todos los rincones de la vivienda. Las contraventanas estaban ligeramente cerradas, manteniendo el interior en una penumbra cortada por unos pocos rayos de luz. En una esquina había un catre revuelto, una palangana y un orinal de porcelana blanca. En la otra, un hornillo conectaba con una chimenea metálica situada en el techo; un armario, abierto de par en par, dejaba ver los atuendos que usaba el mago durante las representaciones, y otro, más pequeño, su raída ropa de civil. Las paredes estaban cubiertas de recortes de periódicos, carteles que anunciaban los espectáculos en que había participado —a lo largo y ancho de todo el país y parte de México—, un daguerrotipo de una sonriente pareja —un hombre blanco con unos enormes mostachos rizados sentado junto a una mujer de rasgos indios que portaba un bebé entre sus brazos— y

un par de fotografías de un joven que, de no ser porque no tenía los ojos achinados, y por su atuendo occidental, hubiera pasado por el mismísimo Chánkú Bu; y sombreros, bastones, pipas de todas las formas y tamaños, un par de lámparas de queroseno y figuritas, decenas de pequeñas figuras de pájaros hechas de madera que colgaban del techo con sus alas extendidas o sobresalían sobre pequeños postecillos horizontales de las paredes del carromato. Olía a incienso, a tabaco y a sudor, todo ello mezclado con un ligero pero inconfundible olor a moho.

El chico empezó a pensar que quizás aquella no había sido una idea tan buena después de todo; no se encontraba a gusto encerrado allí dentro con un desconocido, y menos con alguien que, como el Gran Chánkú Bu, podía leer sus pensamientos.

— No estés *nelvioso*, ni tengas miedo.

— ¡No tengo miedo!

— ¿De *velas*? —preguntó el mago mirándole fijamente a los ojos.

Alonso tragó saliva, pensando en lo inútil que resultaba mentirle a aquel hombre.

— Bueno, quizás un poco...

— *Pol* supuesto. *Pelo* no tienes de qué *pleocupalte*. Soy un buen *anfition* y nunca leo los pensamientos de mis invitados. Salvo que ellos me lo pidan o que *clea* que suponen un *peligro pala* mí. *Pelo* tú no supones ningún *peliglo*, ¿*veldad*?

Alonso negó rotundamente con la cabeza varias veces.

— Además, tú y yo somos amigos ¿no es *veldad*? ¿No fuiste tú el chico que salió a *ayudarme dulante* la función hace unos días? *Julalia* que te *paleces* mucho.

— Sí, fui yo, el domingo pasado.

— ¡Aaah! ¡Ya me *palecía* a mí! Bien, bien... En ese caso, no hay más que *hablal*. Tú me ayudaste y *ahola* soy yo el que te va a *ayudar* a ti.

— ¡Ha dicho la “erre”!

— ¿Cómo?

— Que ha dicho la “r”. Ha dicho ayudar, en vez de *ayudal*.

El mago se quedó mudo durante unos instantes, sin saber muy bien qué decir, pero sus muchos años sobre el escenario le habían enseñado a salir decoroso de cualquier situación.

— ¿En *selio*? ¡Es fabuloso! —Mostró una enorme sonrisa—. *Nosotlos*, los chinos —continuó, aparentando sentirse muy compungido—, no sabemos *plonuncial* la ele, y eso aquí es un auténtico fastidio *polque* hay gente que se *lie* de nosotros *pol* ese motivo. *Pelo* yo me he *plopuesto conseguil plonuncial-la*, *pol* mucho que me cueste. Así que he empezado a *platical*, una *hola* todos los días. ¡*Pelo* es casi imposible! —dijo desalentado—. ¿Estás *segulo* de que he *pronunciado* la “l”?

— Lo ha vuelto a hacer.

— ¿De *velas*? Oh, *Glan* Buda, la *plesencia* de este chico es una bendición —dijo mirando al cielo—. Muchacho, puedes *pedirme* lo que *quielas*. Dime, ¿*pol* qué has venido a *velme*? ¿Qué es lo que *quieles*? ¿Qué le lea el pensamiento a alguien? ¿A alguna chica quizás?

— No, no, yo lo que quiero —respondió Alonso arqueando las cejas, esperanzado— es aprender a leer la mente, como usted.

— Ah, *pelo* es que eso no te lo puedo *enseñal*.

— ¿Por... por qué?

— *Polque* yo lo *aplení* de mi *madle* loba y de mis *helmanos* lobos. *Pelo* no sé bien cómo lo hice. No *sablia explicalte*.

El chico se encogió un poco sobre sí mismo, decepcionado.

— *Pelo* —dijo el mago viendo la carita de Alonso— puedo *intental dalte* algunos consejos *pala* que *platiques*.

Nunca se sabe, a lo *mejor* a *fuelza* de *intental-lo*, lo consigues, como yo con la *letla* “1”.

La cara del muchacho se iluminó al escuchar aquellas palabras, y durante los siguientes veinte minutos escuchó minuciosamente las recomendaciones del Gran Chánkú Bu: sobre la actitud mental que debía adoptar; sobre cómo aislar su mente de los influjos externos que saturaban sus sentidos y le impedían concentrarse en ese sexto sentido que el ser humano había perdido en el alba de los tiempos, cuando inventó el lenguaje hablado; sobre la manera de dirigir su psique a través del aire, como si se tratara de una especie de oscilante fluido invisible; sobre la mejor manera para penetrar en los pensamientos de sus semejantes, visualizando el color de sus auras y dejando que las imágenes, los olores, los sonidos y los sentimientos afloraran de la profundidad de sus mentes. Para no saber cómo lo hacía, el Gran Chánkú Bu consiguió darle un gran número de detalles.

Alonso se despidió del mago y regresó, ahora más pausadamente, hasta su casa. Jack caminaba a su lado, mirando de vez en cuando a su joven amo; aceleraba el paso y se distanciaba de él, para darse entonces la vuelta y mirarlo expectante con la lengua colgando, esperando que el muchacho lo desafiase a una carrera. Pero Alonso andaba distraído, recordando la conversación. No albergaba duda alguna: estaba totalmente convencido de que todo cuanto había oído de la boca del Gran Chánkú Bu era completamente cierto. Tanto como que la noche seguía al día, o que burlarse de su hermano Louis y recibir una buena paliza eran, en general, causa y efecto y no lo contrario. Y fascinado por la posibilidad de que también él, con el tiempo, pudiese llegar a leer los pensamientos de los demás.

A partir de aquel momento practicó sin descanso, un día detrás de otro, sin desmayo. En unas pocas semanas, aprendió a aislar su mente del entorno. Los sonidos, los

olores y los objetos que bordeaban su campo visual se convertían primero en algo estático para, a continuación, irse difuminando lentamente. Se sentía transportado a un estado de consciencia especial, como si su cuerpo hubiese dejado de pesar y flotase a unos centímetros del suelo. El siguiente paso, según las indicaciones del mago, consistía en proyectar su mente. Comenzó a experimentar con Jack. Se acercaba al animal mientras este se encontraba descansando en su lugar preferido, un jergón viejo y seco abandonado junto a la pared sur del granero; un sitio oculto a la vista, ideal para practicar sin ser molestado. Al ver que se aproximaba, Jack levantaba la cabeza, esperando que el muchacho quisiese jugar un rato. Pero en cuanto lo veía sentarse a su lado, el perro perdía el interés, cerraba los párpados y dejaba caer nuevamente la cabeza sobre el colchón de paja. A los ojos de Jack el chico llevaba una temporada bastante raro. Seguía lanzándole palos. Se acercaban también, de vez en cuando, al *bayou*¹ Courtableau, para pescar y, sobre todo, para ver pasar los barcos de vapor que iban y venían de Nueva Orleans. Pero ahora pasaba mucho tiempo sentado a su lado, sin apenas moverse. El muchacho cerraba los ojos y, unos minutos más tarde, se llevaba lentamente las manos a la cabeza. Transcurría así un buen rato. El perro entreabría de vez en cuando uno de sus párpados y lo miraba de reojo. Al ver que Alonso seguía inmóvil, soltaba un pequeño bufido a través de la nariz, fruncía el ceño y volvía a aletargarse.

El muchacho había llegado ya por entonces a la convicción de que era capaz de proyectar su mente. Tal era su fe, que incluso llegaba a ver, con absoluta claridad, aquellos

¹ *En Luisiana, río de corriente muy lenta, lago pantanoso o humedal, a menudo con una línea de costa mal definida.*

efluvios de los que le había hablado el mago. Contemplaba maravillado aquella curiosa neblina morada que asomaba de su cabeza; la veía acercarse lentamente a la de su querido Jack, flotando en el aire con la cadencia musical del órgano de la iglesia. Las volutas se retorcían sobre sí mismas, rodeaban la testa del animal, penetraban en ella, surcaban los canales laberínticos de su pequeño cerebro. Atrapaban a su paso las imágenes, las sensaciones y los simples y vagos pensamientos del chucho, y regresaban a su lugar de origen teñidas de tonos rojizos, amarillos, verdes y azulados. Alonso las interpretaba como buenamente le daba a entender su todavía infantil mente: «“tengo hambre”», «“vamos a jugar”», «“ojalá el amo me llevara de caza mañana”», acompañadas de imágenes de huesos cubiertos de carne, palos lanzados al aire, venados, perdices, ardillas y castores.

— ¿Así que lo que quieres es que te lance un palo?

El perro levantaba la cabeza de inmediato al oír la palabra mágica, los ojos inmensos y brillantes, la boca abierta, la lengua oscilando rauda, como las alas de una mariposa, excitado por la propuesta. Jadeaba con la idea, y eso le hacía mover la cabeza ligeramente arriba y abajo, lo que Alonso interpretaba como un signo de afirmación.

Una vez creyó superado el reto con Jack, el muchacho se vio investido de suficiente autoridad para continuar con su ingenuo proyecto. Al principio, su único objetivo fue leerles la mente a sus hermanos y a su padre, para anticipar la posible llegada de los golpes y las palizas, que recibía con excesiva frecuencia. Sin embargo, a medida que se fue convenciendo de que aquello no solo era factible, sino algo muy al alcance de sus posibilidades, comenzó a imaginar un futuro muy diferente. Lo primero que le vino a la cabeza fue que no necesitaría estudiar nunca más: adiós a la escuela y a las mofas de Fitz Aldrich y su pandilla. Más tarde comprendió que podría aprender los trucos de cualquier oficio

sin tener que soportar a maestro alguno. Y tardó poco en caer en la cuenta de que con aquel don podría, no ya ganarse la vida, sino hacerse de oro: jugando a las cartas ya que sabría en todo momento la mano que llevaban sus adversarios. Podría comprarse lo que quisiera: caramelos, helados, tantos caballos como desease, rifles y revólveres, ropa elegante... Podría comer grandes chuletones a diario y vivir en una gran casa, rodeado de sirvientes. Como el señor Shaeffer, el dueño de las tierras que trabajaba su padre.

Había sin embargo un problema que resolver: no podía plantarse delante de sus hermanos o su padre con los ojos cerrados, quieto como una estatua, durante varios minutos. Tenía que mejorar su técnica. Reducir el tiempo que tardaba en leer los pensamientos a uno o dos segundos; aumentar la distancia entre él y su objetivo a diez o veinte metros, como le había visto hacer al Gran Chánkú Bu. Así que se pasó las siguientes semanas practicando y practicando con su querido Jack, hasta que acabó convencido de que ni el tiempo ni la lejanía suponían problema alguno.

Por desgracia, lo que resultó tan sencillo con el perro no lo fue con las personas. No importaba que Jack conociese su secreto: podía decirle sin tapujos lo que había conseguido leer en su mente, para saber si había acertado o no. Al can, de hecho, no parecía importarle lo más mínimo. Pero con una persona... Con una persona, decididamente, no podía actuar de aquella manera. Y menos al principio, antes de tener dominada la técnica. Se reirían de él. Acabaría siendo uno más entre los tontos del lugar, y no estaba dispuesto a ello. Después de darle muchas vueltas al asunto, pensó que quizás podría intentarlo con Bud *Crazybeaver*, un tarado que se dedicaba a recoger colillas por todo el pueblo. Debía tener unos treinta años, pero estaba tan delgado, arrugado y sucio que aparentaba diez o incluso veinte más. No se sabía si lo apodaban así por estar chiflado y tener los incisivos superiores tan grandes que recordaban a los de los

castores, por su habilidad cazando aquellos animales o porque se había vuelto loco durante la guerra. Alonso pensaba que hubiera sido más lógico que le hubieran puesto un mote relacionado con aquella manía suya con las colillas. Porque no las recogía para sacar las escasas hebras casi quemadas que quedaban en su interior y liarse así sus propios cigarrillos, no; se las llevaba al chamizo donde dormía y las usaba para rellenar su jergón. Decían en el pueblo que le gustaba quedarse dormido con aquel olor a nicotina y a tabaco chamuscado. Cuando no se encontraba de caza recorría las calles encorvado, mirando al suelo, en busca de su preciado tesoro; en cuanto olía el aroma de un cigarrillo encendido, levantaba la cabeza, se acercaba al fumador de turno y se plantaba a un par de metros de distancia, esperando a que terminase el pitillo y lo tirase; mientras tanto, recitaba sin cesar, en una molesta letanía, el número que aquella colilla haría en su personal y estafalario inventario: «27851, 27851, 27851... ». Alonso decidió intentarlo. Buddy era un tipo abúlico e inofensivo y, de no ser por el rosario incesante de números que desgranaba su boca, cualquiera lo hubiese tomado por mudo. Podría decirle lo que quisiera, preguntarle lo que le viniera en gana, sin peligro de que le contase su secreto a nadie.

Un domingo, a primera hora, se acercó al embarcadero. Era el lugar con más movimiento del pueblo, con diferencia. Washington era un importante puerto comercial desde el que partían las cosechas de los alrededores; pero también las de poblaciones más lejanas, como Rapides, Avoyelles o St. Landry, desde las que llegaban a bordo de pequeños botes. El comercio rey era, sin duda, el del algodón. Se embarcaba en vapores que salían regularmente hacia Nueva Orleans, adonde llegaban tras un día y medio de singladura. Pero aquellos barcos impulsados por grandes ruedas giratorias transportaban muchas otras mercancías: verduras, maíz y patatas, melaza, ron, azúcar, sillas de montar, bridas,

caballos, ganado, carne, telas y madera, ingentes cantidades de madera traídas desde Atchafalaya y Grand River. El movimiento alrededor de las instalaciones portuarias, sus almacenes, el Hotel Trainer y, como no podía ser menos, el *saloon* de Ehrhardt, era incesante.

El *Annie Wagley* tenía prevista su salida del puerto a las diez de la mañana, como todos los domingos. El trajín de mercancías y pasajeros era continuo. El suelo podía resultar una mina de oro para Buddy. Alonso estaba seguro de que no dejaría pasar la oportunidad de hacerse con un buen número de colillas para su jergón. Cruzó por delante del almacén de Pitre & Carriere, con precaución: había que tener mucho cuidado con los carros que llegaban con las prisas del último momento. Miró al otro lado de la calle: allí estaba Buddy. Acababa de subir al porche del *saloon*. La pequeña Margaretha, la hija del dueño del establecimiento, estaba jugando sentada en el suelo. Buddy se la quedó mirando con su sempiterna expresión de bobalicón. La puerta del bar se abrió y apareció la mujer del tabernero. Se acercó a la niña y, con un movimiento muchas veces ensayado, la cogió en brazos y se encaminó de regreso al interior del establecimiento, con la cara muy seria vuelta hacia el orate del pueblo. Alonso cruzó la calle a la carrera y se aproximó a él.

— 28042, 28042, 28042... —recitaba el chalado en voz baja, buscando su siguiente presa—, 28042, 28042...

El muchacho se puso mente a la obra, poniendo todo el empeño y el arte aprendido hasta entonces con su querido pointer. Buddy bajó a la calle y se dirigió hacia la zona de embarque, en donde se habían juntado varias docenas de personas para despedirse de sus familiares y amigos. El hombre se desplazaba lentamente, escudriñando cada pie cuadrado como una comadreja al acecho, levantando con sus pasos arrastrados pequeñas nubes de polvo. La forma de moverse y la delgadez de su cuerpo le hacían parecer una enorme marioneta. Alonso lo seguía a poca distancia,

intentando concentrarse en su objetivo. Era la primera vez que lo intentaba en medio de una multitud como aquella, y empezó a ser consciente de la dificultad de su misión. Tendría que encauzar perfectamente, se decía, su proyección mental hacia Buddy, evitando que entrase en contacto con el pensamiento de otras personas. El hombre se agachó de repente y recogió una colilla de color marrón no más larga que la uña de su dedo meñique. Se enderezó, levantó la mano en el aire por encima de su cabeza y observó el interior de los restos del pitillo como si se tratara de un objeto importante. En ese preciso momento, Alonso consiguió que sus efluvios psíquicos penetrasen en la mente del chalado. Para su sorpresa, estaba vacía de pensamiento alguno. Todo era oscuridad. Al cabo de unos instantes, Buddy, satisfecho con el resultado de su inspección, introdujo la colilla en la pequeña bolsa faltriquera que colgaba en la parte delantera de sus pantalones. Ató con esmero la cinta que servía de cierre y comenzó a andar de nuevo.

— 28043, 28043, 28043...

El soniquete era tal que, como era de esperar, el fruto de la lectura mental de Alonso acabó siendo un número: el 28043. No logró encontrar nada más en su cabeza, aparte de aquel número y de la imagen del extremo chamuscado de aquel pitillo. Siguió intentándolo, incansable, durante los siguientes diez minutos. Lo único que consiguió a cambio fue un 28044, un 28045, un 28046, un 28047, un 28048, un 28049 y la estampa, inmutable, de una colilla.

Aunque convencido de haber cosechado un nuevo éxito, Alonso se sentía en cierto modo contrariado: esperaba de sus habilidades algo más que una inútil lista de números. Se planteó si no debería confesarle sus nuevas dotes a su madre. Ella lo creería y lo ayudaría, y jamás, jamás, lo tomaría por un loco. Desgraciadamente, la pobre vivía en una sensación continua de angustia, preocupada siempre porque todo estuviese perfectamente limpio y ordenado; porque la

comida estuviera lista y fuese del agrado de su marido; porque el marco con la fotografía de la abuela paterna estuviese orientado hacia el centro de la segunda ventana de la habitación, el punto exacto por el que asomaba el sol al alba; porque los calcetines de su esposo estuvieran doblados en tres pliegues exactamente iguales y guardados en el cajón, con la parte superior mirando hacia abajo, como le gustaba a su querido Harold... En resumidas cuentas, porque no hubiese nada, por mínimo que fuera, que pudiese incomodar a su hombre, que le sacase de sus casillas y le hiciese emprenderla a golpes con todo y con todos, especialmente con ella y con él. Alonso sabía que su madre era muy susceptible a las novedades y que, si se lo contaba, se angustiaria. Pensaría muy probablemente que su hijo quería dedicarse a deambular de ciudad en ciudad con el circo, como el Gran Chánkú Bu; y sabía también que, de llegar aquella historia a oídos de Harold, acabaría sacando el cinturón a relucir y le dejaría las nalgas en carne viva; porque su padre estaba «harto de que aquel mocoso perdiese el tiempo en la escuela», donde, decía, «el señor Luther les llenaba la cabeza de pájaros; y ya iba siendo hora de que ayudase a diario en las faenas del campo, como sus hermanos». Así que, tanto por el bienestar de su madre como por el de su propio culo, Alonso decidió mantenerla al margen y cambiar su estrategia.

Se situaba a cierta distancia de quien quiera fuese su objetivo y le seguía los pasos mientras ponía en funcionamiento su magia, para poder así confirmar si alguna de sus acciones posteriores se correspondía con lo que había podido captar de sus pensamientos. Como era de esperar, por mucho que Alonso se esforzó, los resultados resultaron bastante pobres comparados con los conseguidos con su afable mascota o con el loco *cuentacolillas*. «“Quizás se deba”, se decía, “a que los pensamientos de las personas son más complicados que los de un perro. A fin de cuentas, Jack no

tiene que aprenderse las tablas de multiplicar, ni en qué año los franceses vendieron Luisiana a los Estados Unidos; ni tiene que preocuparse de si va a llover o se va a desbordar el río, de si la cosecha saldrá adelante o de por qué Mary, la vaca, da menos leche de lo normal”». Consolado por su razonamiento, Alonso continuó intentando lo imposible. Y tanto tiempo invirtió en ello, tantas veces intentó captar un atisbo de los pensamientos ajenos que, en ocasiones, acertaba. Especialmente con su padre y sus hermanos: adivinaba a la legua cuando tenían intención de soltarle un tortazo, darle un puñetazo en la tripa o calentarle las nalgas. Aunque lo más probable era que se debiese a que, desde que había comenzado con aquel asunto, Alonso estaba más atento que nunca a los gestos y actitudes de su familia; eran tantas las veces que lo habían apaleado, que conseguía adivinar sus intenciones a partir de una sola palabra o un simple gesto.

El hecho de que, fuera del ambiente familiar, solo acertara en sus predicciones de manera ocasional no lo desalentó. No quería necesariamente decir que hubiese fallado en el intento, se decía, totalmente convencido de su razonamiento, sino que la persona en cuestión no sabía realmente lo que pensaba o había cambiado de parecer. O incluso, se temía, el sujeto había captado su injerencia mental y había terminado haciendo o diciendo justamente lo contrario de lo que pensaba para protegerse de ella. En realidad, para Alonso, el comportamiento de muchos adultos y también el de muchos chicos y chicas de su edad no tenía sentido alguno. Por otro lado, pese a que el asunto rindiese pocos frutos, cuando lo hacía resultaba suficientemente provechoso. Fuera su acierto producto de la casualidad, de la pura estadística o de la intuición, lo cierto es que el chico acabó convencido de que tenía la capacidad de leer la mente de sus congéneres.

Hubo una sola persona a quien, unos meses más tarde, estuvo a punto de confesar su secreto: a George, el hijo del dueño de las tierras que trabajaba su padre.

Lo había conocido a comienzos del verano anterior, una tarde como tantas otras, mientras esperaba a que su madre saliese del trabajo sentado a la sombra de un roble junto a la casa de los Shaeffer. Muchas tardes, Alonso se acercaba hasta allí para acompañarla de vuelta a casa. Lo hacía porque le gustaba estar a solas con ella durante el camino. Era como si aquellos pocos minutos transcurriesen en un mundo diferente, en el que solo existiesen ellos dos y Jack, su perro; como si aquellos momentos no fuesen a tener nunca fin; como si el tiempo pudiera detenerse, para que aquella sensación de plenitud, de calma y felicidad durase para siempre, un mundo en el que su padre y sus hermanastros no tenían cabida. George había aparecido por el camino que, desde el *bayou* llevaba hasta la parte trasera de la casa de los Shaeffer. Casi tan alto como él pese a la diferencia de edad, rubio y vestido con un pantalón corto de tirantes, venía distraído, jugando con un palo. Al ver a Alonso, se paró unos instantes antes de acercarse.

— Hola, ¿eres el hijo de Elena? —le preguntó.

Alonso se había puesto en pie, de golpe. Jack, que había estado tumbado junto a su amo, se encontraba ya al lado de George, meneando el rabo con entusiasmo.

— Te he visto otros días, esperándola —se explicó el niño, acariciando la cabeza del pointer—. ¿Cómo te llamas?

— Alonso. Tú eres el señorito George, ¿verdad?

— ¿Señorito? Eso suena horrible. ¿Cuántos años tienes?

— Diez. ¿Y tú?

— ¿Diez? ¡Caray! Yo tengo siete. Oye, ¿te apetece jugar al béisbol? Tengo un guante nuevo.

— Eh... Es que tengo que acompañar a mi madre. Saldrá...

— ¡Puedes quedarte a jugar con el señorito George, Alonso! —dijo la voz de su madre, que había salido de la casa y comenzado a bajar los escalones de la entrada—. Puedo volver sola. —Y con una bonita sonrisa continuó—: No creo que me vaya a perder...

— Pues...

— Si te apetece, claro.

— Sí, claro que me apetece. ¿Seguro que no te importa?

— ¡Pues claro que no, cariño! —dijo Elena acercándose y dándole un beso en la mejilla.

— ¡Mamá! —protestó Alonso irguiéndose muy tieso, sacando pecho como un hombre.

— ¡Bueno, bueno, no te enfades! Es solo un beso de madre...

Alonso había torcido el gesto y puesto los ojos en blanco.

— Me voy. Media hora, ¿vale? Ni un minuto más. A tu padre no le gusta tener que esperar, ya lo sabes.

El chico había asentido con la cabeza. Lo sabía perfectamente. Lo sabía él, lo sabían las palmas de sus manos, lo sabían sus mejillas y lo sabían sus posaderas.

— Pasadlo bien.

George y Alonso habían congeniado enseguida, en parte por el carácter abierto y amigable de ambos y en parte porque los dos no tenían demasiados amigos. Alonso, por ser regordete y de origen español, resultaba una diana perfecta para las chanzas de los chicos del lugar. George, que pasaba la mayor parte del año en un internado en Nueva Orleans, era visto como un bicho raro por la chavalería, alguien ajeno al pueblo y a sus peripecias diarias. Y durante aquel verano y pese a la notable diferencia de edad, se habían convertido en amigos inseparables.

Alonso se moría ahora de ganas de hablarle a alguien de su don. Y no solo por el afán de destacar ante otros, y más concretamente ante George —para quien Alonso, tres años mayor que él, era poco menos que un dios—, sino porque aquello de ser capaz de leer los pensamientos de los demás era algo demasiado grande. Necesitaba compartirlo con alguien y ¿quién mejor que George, su mejor amigo? Podría enseñarle, y comunicarse mentalmente sin que nadie lo supiese... Sería genial, se lo iban a pasar de miedo tomándole el pelo al idiota de Fitz y su pandilla. Hacía varios meses que no veía a George, desde las Navidades. Esperaba no tener que aguardar hasta el verano para volverlo a ver. Pero un día, a primeros de mayo, su madre le trajo la buena noticia.

— George vendrá este fin de semana. Es el cumpleaños de la señora Shaeffer.



— ¿Quieres que te cuente un secreto? —le dijo Alonso en cuanto se vieron.

— ¿Un secreto?

— ¿Te acuerdas del circo? ¿Estas Navidades? ¿Recuerdas al mago?

— Claro, fue increíble.

— Fui a verlo a la semana siguiente, antes de que empezara la función. —Alonso se acercó y le susurró al oído— : Me enseñó a leer los pensamientos, igual que él.

George abrió los ojos, impresionado.

— ¿En serio?

— ¿Quieres que te lo demuestre?

— ¡Claro!

— Vale. Piensa en lo que más te guste.

— ¿Lo que más me guste?

— Sí, venga. Cierra los ojos. Eso es. Y ahora piensa en eso, en lo que más te gusta. Imagínate que lo tienes en las manos.

Un aroma dulzón, a caramelo, llegó de la casa de los Shaeffer, donde se estaba preparando la celebración de la madre de George. Este pensó de inmediato en el praliné que preparaba la señora Williams, la cocinera. Caramelo y almendras, su postre favorito. Se imaginó a sí mismo cortando la plancha en trozos con el rodillo, el aroma que se desprendía al hacerlo. Se vio cogiendo un trozo, llevándolo a la boca, mordiéndolo y paladeando el sabor intenso y oleoso de las almendras y el dulzor tostado del azúcar.

Jack, el pointer, observaba a los dos chavales, intrigado. De repente se habían quedado quietos, sentados, sin mover un músculo y con los ojos cerrados. ¡Y él que pensaba que habían ido allí a jugar! ¿A quién se le ocurría ponerse ahora a dormir? Soltó un ligero rebufo, se tumbó de lado y cerró él también los párpados, dispuesto a echarse una buena siesta.

— Veo... algo brillante —dijo Alonso con una voz baja y misteriosa, imitando el tono usado por el mago—, brillante y tostado, como una lámina de cristal. Huele... dulce, muy dulce, a... ¿caramelo? Lo veo. ¡El praliné! —gritó.

George y Jack abrieron los ojos de repente, el perro algo sorprendido. El pequeño se quedó mirando a su amigo embobado.

— ¡Es verdad! ¿Cómo...?

— Ya te lo he dicho. Me enseñó el mago.

— ¡Vamos a probar otra vez! —respondió George entusiasmado.

— ¡George! —se oyó una voz de muchacho desde la casa—. Dice mamá que entres. Tienes que vestirte.

— ¡Voy! —contestó a voz en grito, molesto por la interrupción.

— Si quieres te puedo enseñar.

- ¿En serio?
- En serio. Mañana mismo.
- ¿Lo prometes?
- Lo prometo.

Una promesa que no llegaría a cumplirse jamás, porque los acontecimientos que tendrían lugar al día siguiente darían al traste con su hasta entonces inquebrantable amistad.